



**EL MISTERIO VIVIDO, PENSADO Y PLASMADO.
UN DIÁLOGO ENTRE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y ARTE**

***THE MYSTERY LIVED, THOUGHT, AND EXPRESSED.
A DIALOGUE BETWEEN THEOLOGY, PHILOSOPHY, AND ART***

MANUEL PORCEL MORENO
Universidad Loyola Andalucía

MIGUEL CÓRDOBA SALMERÓN
Universidad de Granada

Recibido: 22/03/2025

Aceptado: 26/06/2025

El interés por el Misterio –entendido como la dimensión última, originaria y sobreabundante de la realidad– constituye uno de los ejes vertebradores de la experiencia humana y, en particular, de la reflexión teológica, filosófica y estética. A lo largo de las tradiciones culturales de Occidente, el Misterio ha sido abordado desde perspectivas diversas que, lejos de excluirse, se reclaman mutuamente: la experiencia creyente que lo vive como acontecimiento transformador; la razón filosófica que lo interroga como fundamento y horizonte; y la creación artística que lo expresa por medio de la forma sensible, revelando lo que el concepto por sí solo no logra agotar. Este número monográfico pretende explorar la confluencia fecunda entre estos tres ámbitos –teología, filosofía y arte– a

fin de mostrar que sólo un diálogo integrador permite apreciar plenamente la densidad del Misterio y su relevancia para la existencia contemporánea.

EL MISTERIO COMO CATEGORÍA FUNDAMENTAL DE LA EXISTENCIA HUMANA

Desde sus raíces etimológicas, el término “misterio” (μυστήριον) designa algo no simplemente desconocido, sino velado, reservado a quienes participan de una experiencia o revelación. En la tradición bíblica y cristiana, este concepto adquiere un carácter ontológico y salvífico: el Misterio es el designio divino, antes oculto y ahora manifestado en la historia (cf. Ef 1,9; Col 1,26). Esta dimensión revelada no elimina su carácter inagotable. Al contrario, lo intensifica, puesto que el Misterio de Dios es simultáneamente comunicable y excesivo, accesible y trascendente. La revelación cristiana se articula precisamente como un dinamismo en el que Dios se da a conocer sin dejar de ser infinitamente más de lo que revela. Esta tensión entre lo manifestado y lo inefable ha llevado tanto a la filosofía como a la teología a plantear el Misterio como categoría fundamental. De hecho, la teología –desde los Padres de la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II– ha entendido el Misterio como realidad sacramental: algo visible que remite a lo invisible, algo histórico que transparenta lo eterno.

Pero el Misterio no es sólo objeto de reflexión. Es, ante todo, experiencia vivida. La conciencia humana se descubre remitida constantemente a una profundidad que la supera: en la finitud, en la alteridad, en la belleza, en el sufrimiento, en la esperanza. Tales experiencias, lejos de cerrar el acceso al Misterio, lo abren. En este sentido, el Misterio es condición de posibilidad para preguntar, pensar y crear. Es la huella de un origen y la llamada de un destino.

Este monográfico parte así de la convicción de que toda aproximación unilateral resulta insuficiente. Ninguna disciplina por sí sola puede hacer justicia al Misterio sin empobrecerlo: la teología corre el riesgo de abstraerse si prescinde del carácter existencial y simbólico que la filosofía y el arte iluminan; la filosofía pierde amplitud si no dialoga con la revelación que ensancha la razón; y el arte se desorienta si no reconoce las preguntas últimas que lo inspiran. Pensar el Misterio exige, por tanto, un espacio interdisciplinar en el que cada saber ofrezca sus categorías propias sin renunciar a la escucha mutua.

EL MISTERIO VIVIDO: EXPERIENCIA, REVELACIÓN Y COTIDIANIDAD

La expresión “Misterio vivido” remite a la experiencia concreta del sujeto, no como dato meramente psicológico, sino como acontecimiento existencial. En la tradición cristiana, lo vivido no es una dimensión secundaria, sino constitutiva: el Misterio de Dios se hace carne en la historia, en la cotidianidad de lo humano, en los gestos y en los símbolos que estructuran la vida. El cristianismo se caracteriza precisamente por la Encarnación del Misterio y, por ello, la experiencia es un *locus theologicus*.

Vivir el Misterio supone reconocer su presencia en los pliegues más modestos de la existencia, donde el exceso de sentido se manifiesta sin estridencias: en el amor que compromete, en el encuentro con el otro, en la apertura al sufrimiento, en la intuición de un bien que excede los propios límites. No se trata de un “misticismo privado”, sino de un dinamismo que configura la responsabilidad, la justicia y la esperanza. Así lo han mostrado diversas corrientes espirituales, desde la tradición patristica hasta la teología del siglo XX, para las que el Misterio no es evasión, sino intensificación de la realidad.

De este modo, la experiencia vivida del Misterio no sólo precede al pensamiento: lo convoca. El sujeto, al verse afectado por algo que lo sobrepasa, busca comprender sin poseer, interpretar sin clausurar. La filosofía se concibe así como hermenéutica de la experiencia, y la teología como inteligencia de la revelación. Ambas se enraízan en lo vivido y se orientan a esclarecerlo, cada una según su método.

EL MISTERIO PENSADO: RAZÓN, HERMENÉUTICA Y EL DESAFÍO DEL LENGUAJE

El Misterio exige ser pensado. No porque aspire a ser dominado conceptualmente, sino porque su encuentro suscita preguntas que la razón no puede eludir. Pensar el Misterio es reconocer sus límites sin renunciar a la inteligencia. El pensamiento filosófico –desde la metafísica clásica hasta la fenomenología contemporánea– ha buscado comprender las condiciones del aparecer, el fundamento del ser, la estructura del sentido. En todos estos caminos se evidencia que la razón, lejos de neutralizar el Misterio, lo reafirma como su horizonte último.

La teología, por su parte, asume la tarea de pensar el Misterio revelado, es decir, de articular conceptualmente la fe. Este pensamiento no se opone a la experiencia, sino que nace de ella y contribuye a clarificarla. La teología cristiana, especialmente en su tradición agustiniana, tomista y contemporánea, ha desarrollado un pensamiento que reconoce la analogía como vía de aproximación al Misterio de Dios: se dice lo que Dios es, sabiendo que siempre será más aquello que no se dice. La analogía protege simultáneamente la trascendencia y la cercanía.

Aquí emerge un elemento crucial: el lenguaje. El Misterio desafía las capacidades expresivas del lenguaje ordinario y reclama otras formas más simbólicas, narrativas y performativas. La filosofía del lenguaje, la hermenéutica y la fenomenología de la religión han mostrado cómo el sentido excede al concepto, y cómo los símbolos, mitos y relatos permiten decir lo indecible sin caer en la arbitrariedad. Así, pensar el Misterio exige una atención renovada al modo en que el lenguaje media la experiencia y configura la comprensión.

EL MISTERIO PLASMADO: ARTE, SÍMBOLO E IMAGINACIÓN

El arte ocupa un lugar privilegiado en la aproximación al Misterio porque, a través de la forma, da cuerpo sensible a lo invisible. La obra de arte no es mera ilustración de ideas, sino revelación de una profundidad que se manifiesta a través del color, la palabra poética, la música, la materia escultórica o la arquitectura. El arte no explica el Misterio, sino que lo sugiere, lo convoca y lo hace presente. La experiencia estética se convierte así en vía de acceso al Misterio.

Diversos autores han subrayado que la belleza posee una estructura de exceso: muestra más de lo que presenta. La belleza desborda, despierta, hiere y atrae. Por ello, su vínculo con el Misterio no es accidental. En la tradición cristiana, la belleza es vía hacia Dios (*via pulchritudinis*): no sólo porque refleja la armonía del Creador, sino porque revela la profundidad pascual de la realidad, donde la luz convive con la herida. El arte cristiano ha sido históricamente una forma de teología en imágenes, capaz de plasmar visual y simbólicamente aquello que la teología conceptual formula de otro modo.

El diálogo entre arte y teología se hace particularmente necesario en un contexto cultural donde lo simbólico ha quedado debilitado y donde el acceso al Misterio parece oscurecido por la inmediatez técnica. El arte tiene la capacidad de reabrir espacios de contemplación, de suscitar preguntas y de reactivar la sensibilidad ante lo sagrado. La literatura, la poesía, la música, la pintura o el cine contemporáneo muestran que, incluso en un mundo secularizado, persiste

la búsqueda de sentido y la intuición de un Misterio que no se deja reducir a lo simplemente funcional o útil.

UN DIÁLOGO INTERDISCIPLINAR NECESARIO

La intención de este número monográfico es fomentar un diálogo profundo y riguroso entre teología, filosofía y arte, no como yuxtaposición de saberes, sino como interacción mutuamente enriquecedora. Este diálogo responde a una convicción metodológica: la complejidad del Misterio requiere un abordaje plural y articulado. Las disciplinas no se sustituyen ni se diluyen, sino que se complementan en un movimiento de reciprocidad.

Desde la filosofía, la teología recibe el impulso crítico y hermenéutico que evita caer en la repetición formalista y le permite dialogar con la racionalidad contemporánea. Desde la teología, la filosofía recibe un horizonte de sentido y un carácter ontológico que ensanchan las categorías de la razón manteniéndolas abiertas a lo trascendente. Por su parte, el arte –en su multiplicidad de lenguajes– aporta una mediación sensible que integra afectividad, simbolismo y narratividad, ampliando la comprensión intelectual del Misterio mediante la experiencia estética.

Este diálogo no busca imponer una síntesis artificial ni reducir las diferencias metodológicas entre disciplinas; antes bien, pretende mostrar cómo cada una, desde su especificidad, ilumina un aspecto del Misterio y necesita de las otras para evitar reducciones. Sólo cuando se reconocen recíprocamente –como saber, como búsqueda, como vocación interpretativa– es posible generar un espacio de sentido en el que la verdad se manifieste en toda su extensión.

Los estudios aquí reunidos tienen la pretensión de ayudar a renovar la comprensión del Misterio, actualizar el diálogo entre saberes y mostrar que la búsqueda de un propósito vital sigue abierta. Lejos de clausurar cuestiones, este monográfico pretende suscitar nuevas preguntas y conexiones y posibilidades de comprensión. Internamente, este número se articula en diez artículos, agrupados en cuatro bloques.

El primer bloque se centra en el Misterio pensado: la belleza como categoría teológica y camino de acceso a Dios. Francisco José García, en su texto “*La via pulchritudinis: ecos de trascendencia*”, reivindica la belleza como un camino universal hacia Dios en un contexto cultural cansado de discursos meramente racionales. Enrique Gómez, por su parte, analiza, en su ensayo “*Todo es hermoso en su lugar. El misterio de la belleza en Agustín de Hipona*”, el carácter

estructurante de lo estético dentro del pensamiento agustiniano, donde unidad, orden y armonía funcionan como principios de mediación hacia el Dios creador y salvador, aun en las denominadas experiencias de contraste. En este mismo contexto agustiniano, Bruno Nicolás D'Andrea, en su artículo “*‘Algo grande, admirable, divino’: capacidad de admiración inteligente y creyente en el Contra Faustum de san Agustín*”, examina la noción agustiniana de milagro y naturaleza en el *Contra Faustum*, mostrando que lo milagroso no se opone a lo natural, sino que lo excede en sabiduría y sentido, produciendo la admiración que abre al conocimiento de Dios.

El segundo bloque aborda el Misterio plasmado: la traducción visual, artística y simbólica de las intuiciones teológicas. Miguel Córdoba, en su escrito “*La exégesis de la Sagrada Escritura y su repercusión en el arte. Cristo recogiendo sus vestiduras*”, estudia la influencia que la renovación exegética postridentina tuvo en la iconografía religiosa, ejemplificada en el motivo de Cristo recogiendo sus vestiduras. José Antonio Díaz, por su parte, en su texto “*Las artes y la lógica de la identificación en el Misterio de la Eucaristía*”, explora cómo el arte hace accesible y experiencial el misterio de la transustanciación y de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. En este mismo horizonte, Henar Pizarro analiza, en su ensayo “*El carmelita Juan de las Ruelas y su obra sobre la belleza corporal de la Virgen*”, el sevillano texto inmaculista *Hermosura corporal, de la madre de Dios*, mostrando cómo la descripción de la belleza mariana ofreció modelos de inspiración a pintores como Velázquez.

El tercer bloque se ocupa del Misterio interpretado: las relecturas culturales y teológicas de la revelación en contextos de tensión simbólica y transformación social. Ignacio Rojas, en su artículo “*‘Comprados a precio’ (1Cor 6,20). Teología e ¿impacto social?*”, estudia las metáforas paulinas de rescate y esclavitud como expresión de identidad y transformación social dentro de las comunidades cristianas primitivas. Carmen Yebra, a su vez, en su escrito “*La transformación iconográfica de Judit en el siglo XIX y sus implicaciones teológicas*”, analiza el paso de Judit –modelo de fe y salvación– a *femme fatale* en un siglo de creciente secularización, lo que permite repensar las interpretaciones contemporáneas de la revelación. Desde esta perspectiva interpretativa, Junkal Guevara, en su texto “*El Goliat apócrifo de Tom Gauld. Reinterpretación gráfica de un relato bíblico*”, aborda la novela gráfica *Goliat* como inversión del relato bíblico: el gigante se convierte en protagonista vulnerable y silencioso, abriendo un espacio donde arte y fe rehabilitan la memoria de los vencidos.

El cuarto bloque se dedica al Misterio vivido: la revelación como experiencia ética que transforma la comprensión de la realidad y del compromiso social. Manuel Porcel, en su ensayo “*Los vulnerables como locus revelationis. Fenomenología, hermenéutica y teología de la liberación*”, propone que los pobres deben ser leídos como un lugar privilegiado de la manifestación de Dios. Desde una fundamentación fenomenológica y hermenéutica, su estudio ofrece un recalibramiento de la teología de la liberación, situando la opción preferencial por los pobres en el corazón de la revelación –*apokalypsis*– cristiana y sugiriendo nuevos modos de repensar la acción solidaria y la justicia social.

El lector advertirá que la estructura interna de este monográfico se adapta a la dinámica propia de una auténtica dialógica cristiana. Cada autor, situado en el ámbito epistemológico propio de su área de conocimiento, entabla un diálogo fecundo con los demás saberes convocados, a fin de poner en acto una de las consideraciones en las que ha abundado de manera más reiterada el papa Francisco en *Veritatis Gaudium*: la interdisciplinariedad. Pensar hoy la fe cristiana – y, más dilatadamente, pensar el Misterio en su dimensión vivida, conceptual y estética– exige la valentía de un trabajo intelectual realizado *con* otros y no *contra* otros, un pensamiento que se sabe incompleto si no entra en interlocución con lo filosófico, lo teológico y lo artístico. En un contexto cultural crecientemente plural, complejo y fragmentado, esta tarea resulta no sólo necesaria, sino urgente. Con este espíritu, esperamos que el presente número de *Cauriensia*, titulado “El Misterio vivido, pensado y plasmado. Un diálogo entre teología, filosofía y arte”, abra al lector nuevos ámbitos de reflexión, favorezca una mirada integradora sobre la totalidad de la fe cristiana y contribuya a renovar la comprensión del Misterio en el cruce siempre fecundo entre vida, pensamiento y creación estética.

Manuel Porcel Moreno

Departamento de Humanidades y Filosofía

Universidad Loyola Andalucía

Campus Universitario Cartuja

C/ Profesor Vicente Callao, 15. Apdo. 2002

18080 Granada (España)

<https://orcid.org/0000-0002-7174-7705>

Miguel Córdoba Salmerón
Universidad de Granada
Campus Universitario Cartuja
C/ Prof. Clavera, s/n,
18011 Granada (España)
<https://orcid.org/0000-0002-3916-3160>